

los Ordenes del pueblo parecidos en todo á los de la antigua Roma: estaba como ella partida en catorce regiones ó cuarteles; y tenia por lo menos otra tanta magnificencia y los mismos privilegios. Concedióse á los que edificaban en la nueva ciudad, cierta medida de pan por término, para ellos y para los suyos con propiedad perpetua. Tambien se distribuía una cantidad muy excesiva de trigo, que segun algunos ascendia á ochenta mil fanegas diarias. El artículo que mas presente tuvo este inmortal fundador, fue el de la Religion, siendo su primer objeto oponer á la Roma idólatra una Roma nueva enteramente cristiana. Así todos los templos de Bizancio ó fueron destruidos ó transformados en otras tantas Iglesias.

Los ídolos que quedaron sin demoler fue solo porque quisieron conservarlos como monumentos profanos y curiosos; y así los pusieron en las calles y plazas públicas para adorno de la ciudad y diversion de los pasajeros. Eran de este número el Apolo Pitio, los famosos Trípodas de Delfos, y las Musas del Helicon; logrando con esto que se admirasen todos de que aquellos mudos simulacros fueron por tanto tiempo el blanco de la comun veneracion. Mas en lo que se mostraba mayor la intencion piadosa de Constantino, fue en la ereccion de las nuevas Iglesias, que por su magnificencia, en gran manera superior á la de los antiguos templos, anunciaban la grandeza del Dios Supremo que en ellas se adoraba. Fue la principal de ellas dedicada á la Sabiduría Eterna, de donde tomó el nombre de Santa Sofía; y permanece aun

tal como fue en lo antiguo, á lo menos en cuanto á la arquitectura, pero reedificada por el Emperador Justiniano.

La Iglesia que se edificó cerca del palacio imperial en reverencia de los doce Apóstoles, aunque no llegaba á tanta grandeza, pero era tambien maravillosa por la riqueza y el esquisito gusto de sus adornos. Era su figura la de una cruz, de una altura extraordinaria, toda incrustada de mármoles de los mas raros colores desde el pavimento hasta la bóveda, que formaba un artesonado dorado: y la cúpula estaba rodeada de una balaustrada tan bien adornada y tan luciente, que quedaba deslumbrado el que la miraba cuando daba el sol en aquel rico edificio. Alzábase en medio de un anchuroso patio cercado de cuatro galerías el cuerpo del templo, en las que habia salas públicas y habitaciones señaladas para los miembros diversos del clero y todos sus dependientes. Esta Iglesia la destinó Constantino para su panteon, é hizo preparar en ella su sepulcro, en medio de otros doce, seis á cada lado levantados en memoria de los Apóstoles; lo que hizo por su viva fe, segun dice Eusebio de Cesaréa, y en la firme persuasion del beneficio que con esto resultaría á su alma despues de morir (1).

Encontrábanse monumentos piadosos sobre las fuentes además de las Iglesias, sobre las puertas de los edificios públicos y en medio de las plazas. Aquí se veía la imágen del Buen Pastor, allí la de Daniel rodea-

(1) *Euseb. in vit. Const. M. lib. 3. cap. 49. et lib. 4. cap. 58.*

do de leones; y para decirlo de una vez, por do quiera se veían las figuras y emblemas mas conocidos de las sagradas escrituras. El Emperador acompañado de su familia, en el vestíbulo del palacio grande estaba representado con la cruz sobre la cabeza, y á los pies un enorme dragon, símbolo del paganismo, traspasado con un dardo por medio del vientre y en ademán de arrojarlo en el mar. En lo interior, en la pared del fondo, se habia puesto una gran cruz de piedras de valor embutidas en oro, con una suntuosidad y un arte inimitables. Por fin todo respiraba verdadera religion, todo escitaba á la fe y á la piedad; de modo que nunca hubo un Soberano que acreditase mas celo ni mas gusto en rendir el debido homenaje á la Iglesia: Príncipe incomparable y sumamente recomendable en todo mayormente en este punto, si no se hubiese mezclado tanto en el gobierno espiritual. Mas los corruptores de los verdaderos principios le sitiaban con tanta perseverancia, que por último le hicieron decretar el destierro de San Atanasio, pintando á este grande varon como un perturbador de la pública tranquilidad.

84. Principiaron pues á calumniar con mas vigor que nunca á este valiente defensor de la fe. Se unieron los Melecianos para esto con los Arrianos, á pesar de la contrariedad que habia entre ellos en cuanto al dogma y modo de pensar. Estos diversos enemigos de la Iglesia, que siempre se les veía juntos cuando se trataba de destruirla, esparcieron de comun acuerdo que un Sacerdote Egipcio, llamado Ma-

cario, habia maltratado por orden del Patriarca á otro Sacerdote llamado Isquiras, mientras que este celebraba el santo sacrificio; y que Macario se habia escedido hasta el punto de derribar el altar y romper sacrílegamente el cáliz. Esta era una nueva invencion miserable destituida de toda prueba, de cuya frivolidad ya habia tenido tiempo de cerciorarse el Emperador: pero los Sacerdotes conocian bien al Príncipe, y sabian que á fuerza de incomodidades obtendrian lo que quisiesen. Con todo para asegurar mas el resultado de su empresa, fijaron otra nueva acusacion mucho mas pesada que la primera.

Propalaron que Atanasio habia dado muerte á Arsenio, Obispo Meleciano de Hipsela en la Tebaida, y le habia cortado la mano derecha para servirse en sus operaciones de la magia. Al mismo tiempo procuraron que Arsenio se ocultase, y manifestaban misteriosamente una mano disecada que llevaban por todas partes en una caja. Juan Arcaf, cabeza del partido Meleciano, era el principal autor de esta trama. Tomólo á risa al principio San Atanasio; pero cuando supo que este cuento habia cundido hasta dentro de la corte y que hacia en ella no poca impresion, creyó que debia darse por entendido. Escribió pues á diferentes Obispos para que se informasen por do quiera del paradero de Arsenio; y además envió á un Diácono activo y de su satisfaccion para hacer igual diligencia.

Habíase Arsenio ocultado en el monasterio de Ptemencira en Tebaida; pero tan pronto como Pino,

Sacerdote y Superior de aquel monasterio, supo que le andaban buscando, hizo embarcar al Obispo Meleciano en el Nilo para transportarlo al bajo Egipto. No hallando el Diácono el objeto principal de su viaje, echó mano de Pino y del monge Elías su cómplice. Fueron uno y otro presentados al oficial que mandaba las tropas de la provincia, y confesaron que Arsenio vivía y había estado escondido en su monasterio. Pino al momento dió aviso secretamente á Juan Arcaf de todo lo acaecido, pero la carta cayó en poder de San Atanasio, que era tan instruido en los negocios como en las ciencias y en las letras. El Santo duplicó su actividad en la busca de Arsenio, y al fin se encontró en Tiro y se reconoció jurídicamente por el Obispo Pablo, que le conocía de mucho tiempo atrás.

Atanasio no se descuidó en enviar al Emperador una persona que le informase de toda esta trama; el cual quedó convencido, y aseguró al santo Patriarca, por medio de una carta muy honorífica, que había ganado mucho en su estimación, mostrándose al mismo tiempo vivamente indignado contra los detestables inventores de tal engaño: pero no vemos que hiciese un castigo egemplar, y así la impostura comenzó de nuevo á asestar sus tiros. El fruto que el Santo sacó de las buenas disposiciones pasajeras del Emperador, fue que Arsenio escribió al santo Obispo pidiéndole su comunión, y protestando obedecerle como á su Metropolitano.

85. No eran hombres que cedían con tanta facili-

dad Eusebio y los de su partido; pero para proceder con mas seguridad, continuaron sus tramas con el mayor secreto, valiéndose siempre de los Melecianos, impostores ya conocidos que casi hacían gala de serlo. Comenzaron pues de nuevo las acusaciones contra Atanasio; y á falta de pruebas, intentaron alarmar los espíritus con la enormidad de las mismas imputaciones. Mas á fin de sorprender al Príncipe por su propia virtud, no hablaban sino de restablecer la paz en la Iglesia y la union entre los Obispos; insinuando al propio tiempo que el solo medio de conseguirlo, era juntar un nuevo Concilio. Estas importunidades produjeron su efecto; pues agradó al Emperador y adoptó el espediente del Concilio, nombrando para su celebracion la ciudad de Cesaréa en Palestina, á causa de Eusebio su Obispo, uno de los principales del partido.

Atanasio rehusó por lo mismo esta eleccion, lo que indispuso fuertemente á Constantino; pero el Santo manifestó que no podía prometerse seguridad alguna en aquella ciudad, y en su lugar se señaló la de Tiro: campo de batalla no menos ventajoso á los Arrianos, que se dieron traza de reunir en él á todos los héroes de su partido. Estos eran Teognis de Nicéa, Máris de Calcedonia, Pámfilo de Escitópolis, Narciso de Neroniade, Teodoro de Heraclea, Jorge de Laodicea, Macedonio de Mopsuestia, y dos Obispos de Panonia, Ursacio y Valente, que desde entonces principiaron á adquirir renombre en la secta. Flaccilo, también Arriano, á quien pusieron en lu-

gar de San Eustacio, debia presidir como Obispo de Antioquia ó Patriarca del Oriente. Hizo Eusebio nombrar tambien al conde Dionisio para sostener á los hereges, bajo pretexto de evitar cualquier tumulto: de manera que apenas hubo mas Católicos que los que acompañaban á San Atanasio.

Representáronle los amigos de éste vigorosamente que no debia esponerse al juicio de tal asamblea: pero el inconveniente de oponerse segunda vez á las espresas órdenes del Emperador, junto con el testimonio de su conciencia que nada le reprehendía, le obligó á marchar con cuarenta y siete Obispos de Egipto, con los que creyó que podia contar á todo trance. Pero por desgracia habia otros sesenta en el Concilio y con bastante diferentes disposiciones. Apenas se principiaron á reunir, cuando el santo Patriarca conoció la verdad de lo que le tenian dicho de antemano; porque segun se veía todo respiraba venganzas y violencias. Era costumbre que los Diáconos tuviesen cuidado de las puertas en la celebracion de los Concilios, para discernir entre las personas que se presentasen, y no introducir mas que las convenientes; pero en éste una especie de carceleros eran los que conducian á los Obispos, y deshonoraban la casa de Dios tratándola como si fuese una prision (1). Mandósele, luego que estos presentaron á Atanasio, juzgándole de antemano, que permaneciese en pie, como un reo en presencia del Tribunal. Pero todavía trataron con mas indignidad al Diácono

(1) *S. Athanas. Apolog.*

Macario, del que se habia valido Atanasio para descubrir al impostor Arsenio; pues entró cargado de cadenas y casi arrastrado por unos soldados. Ni siquiera tuvieron la política de disimular por el pronto: no hubo uno que se levantase para hacer reverencia á Atanasio, siendo así que era Patriarca y el primer Prelado de la asamblea; así es, que no usaron con él de la menor atencion ni respeto.

No pudo presenciar con indiferencia semejante infamia un santo Obispo de Egipto, llamado Potamion (1). Volvióse al Obispo de Cesaréa con los ojos bañados en lágrimas, y le dijo en voz bastante alta para que todos la oyesen: *pues cómo, Eusebio, ¿tú estás honrosamente sentado, y Atanasio, el inocente y virtuoso Atanasio está en pie? ¿Es soportable un contraste de esta naturaleza? ¿Te acuerdas de haber estado preso con Potamion durante la persecucion de los tiranos? Yo perdí en ella un ojo; pero tú estás con los dos y con todos tus miembros sanos y enteros: ¿cómo saliste de aquel riesgo, sin hacer traicion á tu fe?* Al oír estas palabras Eusebio se levantó lleno de vergüenza y de cólera, y salió de la asamblea; confirmando con este mero hecho las sospechas que tan dura reprehension acababa de recordar. San Pafnucio, otro Obispo de Egipto, atravesó la sala, acercóse á Maximino de Jerusalem, tomóle por la mano y le condujo consigo, diciéndole: *ya que los dos llevamos igualmente las divisas de Jesucristo, habiendo perdido cada uno un*

(1) *S. Epiphani. Hæres. 68.*

ojo por defender la fe, dejemos este lugar funesto en donde se hace tan poco caso de los Confesores: y al propio tiempo le impuso en toda la trama, que hasta entonces habian ocultado á Maximino.

86. Habia surtido muy buen éxito el género de calumnia que inventaron en otro tiempo los hereges contra San Eustacio de Antioquía, para que dejasen de repetirlo contra el Obispo de Alejandría: pero Atanasio, á quien jamás se pillaba desprevenido, y por otra parte estaba avisado secretamente, se defendió sin comparacion mejor que aquel. Le acusaron de haber corrompido con violencia á una doncella consagrada á Dios; y en efecto compareció en presencia de todos los Obispos congregados una muger con los cabellos sueltos y aparentando desesperacion, pidiendo justicia contra Atanasio, el que, decia ella, habia abusado, para deshonorarla, de su sencillez y deseo de tratarlo bien en su casa (1). Mostróse indiferente Atanasio, que habia acordado con un Eclesiástico de los suyos lo que habian de hacer, y el Eclesiástico tomó la palabra como si él fuera el delincuente. La desvergonzada muger estiende entonces la mano hácia él, y señalándolo con el dedo dice con una voz cada vez mas lastimera y mas alta: *si, este es, me horrorizo al conocerle, este es el pérfido profanador de la hospitalidad y de la santa pureza*: y siguió especificando el tiempo, el lugar, y todas las circunstancias mas individuales del atentado. Hizo prorumpir en risa lo grosero de la equivocacion á la mayor parte de

(1) *Theodoret. lib. 1. hist. cap. 3.*

los circunstantes, y llenó de confusion á todos los demás. Pero aquellos espertos calumniadores, sin darse por entendidos, arrojaron de la sala á la acusadora, fingiendo haber sido tambien engañados; bien es verdad que no condescendieron en que se la prendiese, como solicitaba Atanasio, ni en que se la precisase á nombrar los sugetos que la habian dado el papel para aquella escena.

87. Volvieron despues á la fábula de la mano cortada y del asesinato de Arsenio: recurso el mas miserable que pudiera dictarles su ciego furor, tanto porque el Emperador estaba enteramente desengañado sobre este particular, como porque no era muy difícil descubrir con la mayor evidencia la verdad ante el universo entero. Así Atanasio dejó empeñar el asunto, y sus enemigos lo adelantaron hasta el término que quisieron. Abrieron pues la caja misteriosa en donde estaba la mano disecada, y dirigiendo la palabra al supuesto delincuente, dijeron como si tuvieran en su mano el triunfo: „Atanasio, he aquí tu acusador y tu conviccion: he aquí la mano del Obispo Arsenio que tú has cortado: tenemos testigos de ello, y así no te queda otro recurso que justificar la accion misma.” Atanasio sin alterarse les preguntó si conocian al Obispo Arsenio; y muchos contestaron que le conocian perfectamente. *Bien*, dijo el Santo, *pues que entre el hombre que está á la parte de afuera*. Abren la puerta, entra el hombre, mándanle levantar la cabeza, míranle todos con atencion y conocen á Arsenio sano y bueno, y con sus dos manos. Hízole

prever á Atanasio su esperiencia que podian recurrir de nuevo á esta pasada impostura , y habia tenido la precaucion de mandar llevar reservadamente á Arsenio , al cual los Arrianos creían siempre residente en el lugar donde lo habian escondido.

Pasmados de los recursos y de la presencia de espíritu de Atanasio , no sabian qué hacer ni qué decir ; hasta que la multitud principió á gritar que era mágico. Respecto á los autores mas calificados de la calumnia , no pudieron soportar la vergüenza á que los espuso este golpe , y se retiraron con una precipitacion que demostraba su convencimiento. Echáronse los demás Melecianos sobre el santo Obispo , al que hubieran despedazado si los Oficiales del Emperador no se lo quitaran de las manos. No obstante sus enemigos se reconocieron ; y con el intento de colorear un atentado tan patente , esparcieron la voz de que un Obispo servilmente sujeto á la voluntad de Atanasio , habia incendiado , por orden suya , la casa de Arsenio ; y que despues de haberle abierto las carnes á fuerza de azotarle con correas , lo habia encerrado en un cuarto , del que tuvo arbitrio de escaparse en secreto ; todo lo cual , añadian , habia dado motivo para creerlo muerto.

88. No les quedaba ya á los impostores otro recurso que la fábula de Isquiras ó del Cáliz hecho pedazos , y de la profanacion de los sagrados Misterios. Atanasio dijo sobre el particular , que sabiendo que Isquiras celebraba el santo Sacrificio sin estar ordenado de Sacerdote , le habia intimado , por medio del Diáco-

no Macario , que se presentase á dar cuenta de su proceder : pero que habiéndole hallado enfermo , el emisario se contentó con decirle que no egerciese funcion alguna Sacerdotal. Puso á los Eusebianos este hecho presentado tan diversamente por parte del Santo , en la precision de enviar comisionados al lugar mismo donde habia sucedido ; pero se manejaron de un modo muy favorable á sus designios , eligiendo para ello los mayores enemigos del Patriarca , sin permitir que fuese delegado alguno por su parte. Tan viciosa fue la informacion como todos los demás procedimientos ; de modo , que viendo el Clero de Alejandria y el de Mareotis , teatro de esta escena , un delirio tan claro , protestaron en debida forma contra todo lo que quisieron hacer los otros. Habian protestado ya los Obispos de Egipto en el Concilio contra la eleccion de los diputados : mas sin embargo todo siguió de la misma manera , y los comisionados del partido volvieron á Tiro mas insolentes que antes.

Empero no aguardó Atanasio á que llegaran , porque se vió en la precision de retirarse para salvar su vida de la rabia de los Melecianos , habiéndole hecho embarcar los mismos oficiales ó dependientes del Emperador , que no encontraban otro medio para libertarle. Con su evasion los Eusebiones lograron un gran triunfo ; y como si Atanasio hubiera sido legítimamente convencido de algun delito , se pronunció contra él la sentencia de deposicion , á la que suscribió la mayor parte de los Obispos , unos por sorpresa y otros por cobardía. Los servicios que los Melacianos

hacían al Arrianismo, eran muy señalados para que dejasen de recibir la recompensa de sus fatigas; y así el conciliábulo los admitió á la comunión; y los mantuvo en todos sus honores, como si fueran unos fieles injustamente perseguidos. El malvado Isquiras fue hecho Obispo; y Arrio tal vez hubiera dado un golpe mortal, si en circunstancias tan críticas no hubieran recibido los Obispos de Tiro cartas del Emperador en que les mandaba acudiesen prontamente á Jerusalem para la dedicacion de la Iglesia del sepulcro que se hallaba concluida.

89. Todos efectivamente marcharon, á escepcion de los de Egipto, que por el peligro tan inminente de sus Iglesias, despues de lo que acababa de suceder, eran tan necesarios en ellas. Los otros Obispos que habian acudido de diversas partes por complacer á Constantino, reemplazaron á los de Egipto, de modo que el Concilio que celebraron, como se acostumbraba en aquellas concurrencias grandes de Prelados, fue numerosísimo. Era el restablecimiento de Arrio el gran negocio de los Eusebianos, el que no habian diferido por otra causa que por hacerlo con mas ostentacion. El heresiarca se presentó con las cartas imperiales, que mandaban á los Padres examinasen su nueva fórmula de fe, poco suficiente á la verdad, pero que esceptuando la omision de la palabra *Consubstancial*, parecia bastante Católica. Esta falta no lo fue para tales jueces: y recibieron honoríficamente á Arrio á la comunión, escribiendo despues una carta sinodal á la Iglesia de Alejandria y á todas las Iglesias

del universo, para que á él y á todos los de su parcialidad los tratasen como á ortodoxos (1).

90. Atanasio, que se habia refugiado á Constantinopla, por este mismo tiempo solicitaba una audiencia del Príncipe y no podia alcanzarla; porque los Eusebianos, casi tan poderosos en la corte como en Tiro, tenían cerradas para él todas las puertas del palacio. Pero no por eso desistió; y al pasar el Emperador á caballo, presentósele Atanasio y le pidió permiso para justificarse. Rehusó Constantino oírle, y aun mostró cierto reparo de comunicar con un hombre condenado por un Concilio. El Santo á vista de esto exclamó diciendo: *Príncipe, que abandonais al oprimido y sosteneis con vuestro poder á mis opresores, sabed que el Señor juzgará entre nosotros dos* (2). Hizo no poca impresion en el espíritu religioso del Emperador esta representacion vigorosa, y llamó á todos los Obispos del Concilio de Tiro para saber á punto fijo lo que habia pasado; pero los enemigos de Atanasio le enviaron solo los mas sagaces impostores, inventando pretextos para alejar á los demás. No hablaron á Constantino aquellos malvados ni de Arsenio ni de Isquiras; pues sabian que estas fábulas eran muy conocidas en la corte y que estaban enteramente desvanecidas; pero mudando de batería, acusaron á Atanasio, segun pretenden diversos autores, de que estorbaba el transporte de los trigos de Egipto á la

(1) *Socrat. lib. 1. hist. cap. 25. Sozom. lib. 2. cap. 27.* (2) *S. Athanas. Apolog.*